

**A** CABO de regresar de un viaje a Rusia de una semana. Tengo frescos los recuerdos de estos días y se agolpan en mi memoria uno tras otro. Ahora me abro paso entre masas de ellos y los ordeno, para poder relatar mejor lo que he vivido.

La primera nota que salta a la vista es que la URSS está arruinada. Basta llevar allí unas horas para captar uno la imagen cabal de lo que sucede: no hay miseria, sino pobreza colectiva. Es imposible tomarse un café a media tarde porque no existen cafeterías y porque además, no hay café, ya que éste allí es un producto de lujo. La gente va vestida como en España hace treinta años. La comida mejor es el pollo. Por ejemplo en dos viajes entre Moscú y la república de Kazastán (cerca de China) en Aeroflot nos pusieron pollo en el vuelo. También en el hotel Tsmailovo, de Moscú, que fue construido para las Olimpiadas de Moscú.

Esto contrasta con la gente con la que uno habla: es cordial, afectuosa, comunicativa y dan lo que tienen. He oído muchas veces en estos días la expresión: tenemos demasiados problemas a la vez. Y es cierto. Cualquier país de Occidente tiene dificultades económicas o sociales, pero lo de aquí es demasiado. Los aferrados al sistema anterior, creen que la solución consiste en una vuelta hacia atrás, ya que al menos había orden y no se habían destapado los nacionalismos. Los de izquierdas —por utilizar una terminología universal, allí también la emplean— son los que creen en Gorbachov y en sus reformas.

Nadie es profeta en su tierra. Y esto ocurre con el presidente de la URSS. Su imagen fuera es excelente. En diciembre último, aparecía en la portada del «Times» como la figura del año. Ha recibido el premio Nobel de la Paz. Su figura, sus gestos, Raisa y todos los movimientos psicológicos son noticia en los principales medios de comunicación. Pero allí todo es otro cantar. Recuerdo en una mañana de sábado, que me escapé con Victor Trofimenko, perteneciente al grupo de Educadores para la paz. Fuimos a ver a una periodista de la que yo había oído hablar, era en las afueras de Moscú, como a una hora del centro. Se trataba de una chica de algo más de treinta años, casada con un abogado de unos treinta y cinco. Él trabajaba en una empresa mixta, mitad estatal y mitad privada. Ella, periodista y escritora. Ambos veían con recelo la figura de Gorbachov y me dijeron: «Esto tiene difícil arreglo». Su casa tenía unos cuarenta metros cuadrados: un dormitorio, dos habitaciones y un cuarto de baño. Al salir, el guía que me acompañaba me dijo: «Se veía una casa lujosa... ¡Y qué nevera tan moderna!, se ve que son gente de dinero».

Desde hace pocos años —dos, tres, no muchos más— los rusos ya pueden hablar sin mirar a los lados. Y esto es cierto. Sobre todo en la gente más joven. Yo como psiquiatra he comentado en más de una ocasión, que el sistema comunista ha convertido a sus países satélites en una especie de laboratorio psicológico. De tal manera, que Stalin decía: «Delatar al que va contra el Gobierno es fidelidad». Esto ha engendrado un miedo generalizado, ya que uno no se fía de nadie. La consecuencia: «El ser humano se vuelve paranoide». Es decir: desconfiado, receloso, suspicaz, sospechando de cualquier sujeto y por tanto incapaz de hablar espontáneamente

## RUSIA, AHORA

Por Enrique ROJAS

y de decir lo que piensa. La historia de esto es igual en Cuba, en Checoslovaquia o en Polonia. Ahora, estas desconfianzas paranoides están desapareciendo, ya que «glasnost» significa transparencia. Criticar al sistema, decir lo que está mal, manifestarse de forma explícita. Y esto lo observa uno en seguida.

Pero de la «glasnost» a la libertad hay un largo camino. «Perestroika» significa reestructuración. Todo está cambiando, menos la economía, que se mueve pero en sentido descendente. El pueblo echa en falta tiempos anteriores con Breznev e incluso los años de Andropov. Había orden, aunque a costa de una represión brutal. Para algunos, Gorbachov sólo ha conseguido una libertad precaria, pero a costa de un caos económico sin precedentes. Para mí, la valentía de sacar a alguien de la mentira en que se vivía, bien vale una crisis económica, por dura y compleja que sea ésta.

¿Qué hacer para levantar a este pueblo de la ruina? No olvidemos que estamos hablando del país más grande y más rico del mundo. Con doscientos ochenta millones de habitantes, una cultura riquísima y más de doscientos dialectos. De Vladivostok a Moscú en tren se tardan siete días. La respuesta no es fácil. Después de setenta y ocho años de comunismo duro, de servicio al Estado sin restricciones, se ha creado una mentalidad sólida, firme: la falta de estímulo o dicho de otro modo: la desmotivación. ¿Para qué trabajar más y mejor, si uno va a percibir el mismo salario, si las condiciones de vida no van a mejorar? Esa es la palabra mágica que recorrería mi cabeza en estos días: desmotivación. Algo tan grave como para llevar a todo un pueblo a una apatía por el trabajo verdaderamente dramática. Éste es uno de los más estrepitosos fracasos de comunismo, salvo que se convierta la ideología del sistema en una religión. Eso puede haber ocurrido al principio, en la Revolución de 1917 y por supuesto en los primeros años del sistema. Después, con la educación materialista, fabricando se-

res humanos desprovistos de ideales, con el solo afán de sobrevivir o de entronizar las metas del Estado, dejando al individuo, a la persona humana en concreto, reducida a hombre tornillo de un inmenso engranaje.

Un dato que creo tiene mucho valor. Por distintos canales me llega la noticia de que pertenecen al Partido Comunista entre el 2 y el 4 por 100 de la población. El mismo Boris. Eltsin lo ha dejado hace unos meses. Sólo creen en él los que están en el «establishment» o aquellos otros de la «nomenklatura» (los que viven de la burocracia y de las prebendas), que viven muy bien instalados, en sus «dachas» en las afueras de Moscú, Leningrado o Kiev.



Enrique Rojas  
Catedrático de  
psiquiatría

¿Qué reacción se ha producido en el pueblo que sea más llamativa? Yo subrayaría dos. Por un lado «una vuelta a la religión». En el aeropuerto nacional que contacta con la zona asiática del sur, donde estuve más de seis horas esperando, pude ver unos folletos puestos en unas repisas. Habría como tres o cuatro tipos diferentes. Uno de ellos era

sobre religión. Aunque venía en ruso, se podían ver en su interior fotos de distintas iglesias ortodoxas, con popes vestidos de tales. También aparecía un extenso capítulo dedicado a la Iglesia católica, con fotos de los seminaristas de Ucrania y Lituania. Asombroso.

Pero hay una anécdota que me parece reveladora. En el Congreso al que yo asistía, en una de las sesiones de la tarde existían tres mesas redondas: una sobre estética, otra sobre la educación en los conservatorios y una tercera sobre religión. El 90 por 100 de los participantes se fue hacia esta última. Hay un renacer de la espiritualidad extraordinario. En varias iglesias ortodoxas a las que he entrado —bellísimas y en condiciones muy precarias, algunas se caen de viejas y destartadas—, uno podía ver gente entrando y saliendo continuamente. Me decía un profesor de la Universidad de Moscú con el que pude hablar despacio una tarde: «Ahora ya la religión no es el opio del pueblo». Es más, está de moda hablar de Dios o de temas religiosos. Decía hace unos días en la Prensa el escritor Eugeni Pazukin, que empieza a ser de mal tono decir que uno es ateo.

La otra reacción es la pasión por todo lo occidental, desde Estados Unidos a todo lo que significa la Europa libre. La gente quiere viajar y conocer estos países. Y si es posible, quedarse a trabajar en ellos. Allí sí hay vida.

Pero si el marxismo y el leninismo han fracasado de forma rotunda y su materialismo dialéctico e histórico se ha agotado en sí mismo, tampoco Occidente ofrece un modelo adecuado. No podemos aceptar sin más que las ideologías occidentales han triunfado y las otras no. Y si no, ahí están las consecuencias de su materialismo práctico: el hedonismo sin restricciones, la permisividad, el consumismo y el relativismo. Bien es cierto que hay algo definitivo, sustancial: la libertad. En un bloque está ausente y en otro no. En un próximo artículo analizaré otros ángulos de la realidad de este gigante con los pies de barro.

## LA PUBLICIDAD

La Publicidad le informa.  
Le pone al día de las últimas novedades. Recuerde que la decisión de compra siempre la toma usted.

